

# Descalzos siguiendo la huellas de Jesús

## Experiencia de Cristo y seguimiento de Francisco de Asís

Br. Niklaus Kuster OFMCap

---

### 1. Juventud a-religiosa en el centro de Asís y un Dios lejano

¿Por qué en los años alrededor del 1200 vive un joven “como si Cristo no existiese” a pesar de haber sido socializado eclesialmente? ¡Y esto en el centro de una ciudad de 2000 habitantes que posee una docena de Iglesias y centros monásticos! La respuesta parece darla el portal de la Catedral de San Rufino, construida precisamente en ese tiempo del 1200. En él se muestra la imagen de un Dios imperante: el Dios románico está entronizado, flanqueado por el sol y la luna, elevado inmensurablemente sobre todo. ¿Qué tiene que ver este Cristo poderoso y reinante con la cotidianidad de la gente, con las preocupaciones ciudadanas, con los planes de los comerciales, con las fiestas o con las aspiraciones se los que sueñan por hacer carrera?

“El más humano de todos los santos” tuvo que haber vivido “como si Cristo no existiese”. Raoul Manselli traduce así actual y modernamente la expresión de Francisco de Asís en su Testamento: „cum essem in peccatis”. En la primera parte de su vida, el joven comerciante comparte y cumple las costumbres de su clase, va a misa los domingos, participa de las procesiones, peregrina con sus familiares hacia Roma. Pero parece ser que la fe no influye en su vida, en su obrar y en sus decisiones. Era el clero quien se ocupaba de la religión, muy representado y abundante en la ciudad, pero incapaz de mantenerse al ritmo de los cambios acelerados del tiempo. Surge el desfase: el culto celebrado no corresponde adecuadamente a la espiritualidad vivida.

Pero Dios se muestra muy paciente con el joven comerciante, quien disfruta durante muchos años los lados dorados de la vida. El “Altísimo” puede esperar y ser paciente hasta que las personas empiecen a buscarle por propia iniciativa. El sabe esperar al que busca incluso en lugares inesperados. Pero esto sucedió después.

### 2. Guerra – Prisión – Enfermedad

#### En la búsqueda de aquello que es „la plena luz sobre todas las cosas“

El joven ambicioso y consentido por la vida tuvo primero que tropezar sobre sus propios planes pretenciosos para que su espíritu pudiese despertar. Por dos años vivió la amarga derrota en la batalla del Tiber, fue capturado como prisionero de guerra, y estuvo un año en la prisión oscura de Perugia; luego de su liberación cayó en enfermedad. Al cabo de un año de recuperación empezó a derrumbarse su vida y fue entonces que empezó a buscar algo más profundo que le diera un fundamento sólido a su vida.

„Business as usual” en la gran tienda de su padre, paseos a caballo en las plazas de los mercados, fiestas nocturnas durante dos años, daban la impresión de que había vuelto a la normalidad. Pero sin que se dieran cuenta sus amigos y familia se estaba moviendo en el joven comerciante una doble búsqueda. Francisco empezó a descubrir, en primer lugar, el silencio. En las afueras de la ciudad encontró cuevas, donde pudo hacer sus experiencias y dar espacio a los interrogantes de su alma. En las horas de silencio fue aprendiendo seguramente aquella oración que recitó en San Damián dos años más tarde: „Oh alto y glorioso Dios, ilumina las tinieblas de mi corazón, y dame fe recta, esperanza cierta y caridad perfecta...” (OrSD).

En esta búsqueda la Iglesia como Institución y comunidad de los creyentes no está presente: Francisco busca él sólo, a pesar que en Asís abundan las Iglesias, clérigos y centros espirituales. Nadie puede sacar a este joven de la necesidad de la búsqueda, ni los espacios sagrados, ni la Biblia, ni los sacerdotes. Se siente atraído por las cuevas oscuras – lugares que corresponden mejor a su mundo interior: “Ilumina las tinieblas de mi corazón”. El silencio, que era amenazante en el tiempo de la prisión y de la enfermedad, se convierte en fiel compañía de este joven de la ciudad.

### 3. “El Altísimo me condujo a los menores”

#### Experiencias claves en una búsqueda larga

El joven comerciante, al mismo tiempo que descubrió el silencio en las cavernas y en los bosques fuera de la ciudad advirtió las oscuridades de su Asís soleado. Hasta ese momento su mundo era el centro vivo de su pequeña ciudad: las casas comunales de las corporaciones más importantes, los negocios exclusivos en el centro, la misma plaza. Hasta en nuestros días casi ningún turista se pierde en los callejones sucios de la ciudad

baja – estrechos y complicados “vicoli”, traspatios sombríos, poco iluminados por el sol, las casas de las familias obreras.

Francisco, quien interiormente anhela una alegría vital nueva y tener un sentido de vida, descubre a los trabajadores y a los desempleados, los mendigos y los pobres de Asís. Algo le atrae hacia más abajo, hacia los excluidos, los que están en la periferia de la ciudad. Los senderos hacia arriba, hacia el silencio, le conducen al joven Bernardone encontrar la paz interior; los caminos hacia abajo, hacia los pobres, a quienes él quiere tender la mesa, le llevan por dos años a un creciente perturbación interior. Ambos movimientos de búsqueda lo preparan hacia dos experiencias claves.

Los pasos de Francisco se vuelven más radicales desde su viaje a Roma: se distancia de los corazones duros de su corporación, y por ello tira el dinero del viaje sobre la tumba de San Pedro y cambia su vestimenta por las de un limosnero para luego ponerse a pedir él mismo limosna en ese lugar. En el valle de Asís encuentra a un leproso a quien rechaza inicialmente, pero que después abraza descubriendo así que “lo amargo se transformó en dulzura”. Inesperadamente, el comerciante experimenta una nueva alegría de vida que viene desde „abajo” hacia donde se siente „dirigido por el Altísimo”. Unas semanas después, Francisco reza cerca del leprosario, que siguió visitando desde aquel encuentro con el leproso, en la capilla rural de San Damián. Allí expresa palabras que le han acompañado desde meses. Concretizan por primera vez la influencia del anuncio de la Iglesia dejando, al mismo tiempo, sentir falta de cualquier señal de una imagen concreta de Dios: Quien busca a Dios lo encuentra, según la comprensión románica, como Señor del Universo. El espera que le conceda Fe, Esperanza y Caridad:

*¡Oh alto y glorioso Dios,  
ilumina las tinieblas de mi corazón  
y concédeme una fe recta,  
una esperanza cierta y una caridad perfecta.  
Dame Señor,  
recto sentido y conocimiento,  
para que pueda cumplir tu santo y veraz mandamiento.*

Mirando la Iglesia como institución y comunidad de fe se constata con asombro: Francisco intenta seguir sólo en su búsqueda, sin acompañamiento espiritual, sin consejero. El orante busca por años tener un contacto directo con Dios, fuente de la luz y del nuevo sentido de vida. Y esto lo hace sin la mediación de un sacerdote.

Comidas con los mendigos y horas de silencio lo fueron preparando poco a poco para su primera irrupción. Y sucedió en los primeros meses del año 1206 en dos pasos dentro de un plazo de pocas semanas. La experiencia con el leproso frente a la entrada de la ciudad abrió los ojos al comerciante, quien todavía se presenta montado a caballo, al Rey del Mundo, quien camina descalzo por la tierra. Francisco describe esta experiencia decisiva en su testamento de una forma breve y concisa:

*Yo viví veinte años, como si Cristo no existiese.  
Entonces me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos.  
Y el Señor mismo me condujo a ellos, y practiqué con ellos la misericordia.  
De pronto, aquello que me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y cuerpo,  
Y después me detuve un poco, y salí del mundo.  
(Test 1-3).*

En su búsqueda de sentido el comerciante había orado a un Dios altísimo. Los contactos humanos allá abajo, en el mundo de Asís le llevaron a descubrir paso a paso, que el Altísimo actúa de forma sorprendente: desde muy abajo. “Dios mismo me condujo a los leprosos” (Test). El abrazo de un leproso le abrió al él a la experiencia mística en San Damián. Ahí Dios se le aparece – como el amigo de los pequeños – inesperado, rostro a rostro. Giotto presenta magistralmente este encuentro sorprendente: El joven rico está frente al Cristo desnudo, el joven bien posicionado (con 8 casas en Asís) de pie frente a Dios – y cae portentosamente de rodillas.

La Cruz de San Damián le enseñará a considerar su conflicto con su propio padre desde el conflicto mismo de Jesús con los seres humanos. Amenazado por el padre, Francisco vive unas semanas en San Damián donde seguramente fue atendido por el sacerdote del lugar, quien también le acompañó es esos primeros tiempos. En el crucifijo en la pared Francisco descubre la mano del Padre celestial que toma a su Hijo – el “Hijo del Hombre” – quien ha pasado por el rechazo, el odio y el sufrimiento, para conducirlo a su luz. Semanas después Francisco reconocerá como su Padre al Padre de Jesús: él será su único Padre en éste mundo y más allá de él. “Desde ahora en adelante ya no diré más ‘Padre Pedro’, sino solamente ‘Padre Nuestro que estás en el cielo’”. (Ley3comp 20).

Grandes experiencias decisivas se muestran en el invierno del 1205/06 y marcan en pocos pero intensivos meses un rico camino en descubrimientos. El “Altísimo” conduce a los menores, responde en el Hijo descalzo sobre la tierra y se reconoce como Padre de todo ser humano. El descubrimiento de la humanidad de Jesús sobre este mundo hace que el Emperador del Mundo del estilo románico pase a ser el Dios que habla rostro a rostro – un Dios, que se le revela al joven comerciante fuera de la ciudad, de sus iglesias, en la periferia de la sociedad, entre los más pobres, en las cavernas silenciosas y en una iglesia en ruinas.

La experiencia de un Padre de todos los hombres, y de un Hijo que se hace hermano de los más pequeños lleva a Francisco a una imagen del mundo de fraternidad radical. Esto es más revolucionario que la República de Asís y no es conforme con el pensamiento eclesial jerárquico.

Francisco vivió a sus 16 años la revolución en la ciudad, cuando las Comunas dejaron a un lado los modelos patriarcales con que estaban organizadas desarrollando ideas democráticas; pero la revolución mayor en él se da en el año 1206, cuando se radicalizó desde su fuerte experiencia de fe su imagen del hombre y del mundo. Dios mismo elige hacer carrera hacia abajo, el Altísimo se hace igual a los más pequeños.

Lo revolucionario, social y eclesialmente, de esta espiritualidad sale a relucir al compararla con el modelo patriarcal de San Benito, que rige hasta hoy a Iglesia jerárquica. Probablemente Francisco conoció el prólogo de la Regla de San Benito a principios del año 1206, después que fue desheredado y prestó su servicio con los benedictinos de Vallingegno, y más adelante como hermano itinerante, cuando gozó a menudo de la hospitalidad de los monjes. El remarca en sus últimas cartas a sus propios Hermanos un modelo de contraste:

#### **Regla de San Benito:**

*Escucha, hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón; recibe con gusto el consejo de un padre piadoso, y cúmplelo verdaderamente.*

#### **Francisco escribe a la Orden:**

*Oíd, hijos de Dios y hermanos míos, y prestad oídos a mis palabras. Inclina el oído de vuestro corazón y obedeced a la voz del Hijo de Dios. Guardad en todo vuestro corazón sus mandamientos y cumplid perfectamente sus consejos.*

Si para San Benito de Nursia el monasterio es una escuela de amor y perfección „bajo el Abad y la Regla“, Francisco buscará en la itinerancia la comunidad de creyentes en el seguimiento del Hijo de Dios hecho Hermano.

## **4. “vita evangelica et apostolica”**

### **La vida de los discípulos en torno a Jesús**

Francisco, como laico, tradujo a su tiempo y al ambiente propio de Umbría la misión de Jesús a los Apóstoles y la vida itinerante con el Rabí. Inspirado en el sermón a los discípulos (Mt 10), se pone en marcha sin llevar nada en los bolsillos, ofrece la paz en las casas y calles, hace el bien a los leprosos, hace experimentable el amor de Dios en la cotidianidad de la gente y vive el Evangelio. Y pese a que recibió rechazos e injurias, pronto se le unieron sus primeros compañeros.

Francisco reaccionó asombrado y apocado. “Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me enseñaba qué debería hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debería vivir según la forma del santo Evangelio” (Test). La escena es conocida: en vez de comprenderse a sí mismo como el maestro que enseña a sus discípulos, pregunta junto con ellos al único Señor de todos. El abrir la Biblia tres veces seguidas en la pequeña Iglesia de San Niccolò de Plathea testimonia el poco conocimiento bíblico: ¿Cómo podría Francisco, un mendicante y sin libros, ser un asiduo lector de la Biblia? Lo que pareciera ser una actitud fundamentalista resulta ser la expresión de una traducción profundamente creyente, realista, prudente del encuentro con Cristo en la propia Iglesia. Un año más tarde el más poderoso Papa de la Edad Media – un teólogo brillante – confirmó una Regla de vida sencilla compuesta casi en su totalidad por citas bíblicas y le autorizó que enviara una prédica a todos los Hermanos Laicos “que habitan en el mundo entero”.

La Primera Regla inicia con una frase programática y contundente: “La regla y vida de los hermanos es ésta, a saber, seguir la doctrina y las huellas de nuestro Señor Jesucristo” (RnB 1). Antes que Francisco descubriera las Huellas de Jesús, descubrió la Cruz. La meditación de la narración de la Pasión representada en la Cruz de San Damián desde el canto del gallo, pasando por la mañana de Resurrección hasta la Ascensión, condujo al comerciante en búsqueda frente a la humanidad de Dios: como Rabí pobre y sencillo en este mundo, con sus discípulos y amigos, y con un amor que vale hasta para los enemigos. Después de dos años de vida eremítica descubrió Francisco en la vida itinerante de los apóstoles en torno a Jesús su propio camino. Con sus

compañeros que se le unieron asume la vida galilea de discipulado y amistad en torno a Jesús. Así como Jesús marchó por aldeas y ciudades y por las noches buscaba y se retiraba a los lugares apartados en los montes para descansar, así mismo el movimiento franciscano de los primeros tiempos unió “ciudad y silencio”, los tiempos de compromiso activo a favor de los demás con los tiempos “en un lugar solitario”.

## 5. Siguiendo las huellas del Hijo del Hombre

### La libertad evangélica

Jordán de Giano nos trasmite en su crónica la siguiente narración que ejemplifica de forma impresionante cómo Francisco y la primera fraternidad traducían el Evangelio en la propia realidad.

*Los cronistas de las Cruzadas marcan el Año del Señor de 1219. Es el otoño tardío, y en Palestina ya se ha recogido la cosecha. Francisco cruza a pie la Tierra Santa con el consentimiento del Sultán, con quien había entablado amistad desde septiembre. El Poverello habrá caminando estos caminos conmovido y emocionado pues él todavía veía las “huellas del Señor”. Una mañana – según narra Jordán de Giano – estaba Francisco sentado a la mesa, en algún lugar de Judea o Galilea. Como sucedió a menudo, Francisco junto con Pedro Catáneo, Elías y Cesar von Speyer fueron invitados a almorzar. Quizá el anfitrión fue esta vez un Cruzado, o alguna familia sencilla, o quizá un musulmán, o un Maltés en un hospedaje para peregrinos. Cuando estaban sentados alrededor de la comida, aparece un Hermano sudoroso, agitado, pidiendo en voz alta poder encontrar a Francisco. Con mucha prisa había venido desde Italia para informarle lo que había sucedido en septiembre. Gregorio de Nápoles, Mateo de Narni, a quienes Francisco dejó como sus representantes, convocaron a los Hermanos más versados de Italia a un Capítulo. Es este Capítulo, entre otras cosas, se decidió una regulación extrema sobre la comida, pues, según ellos, no podía ser que los Hermanos cumplan sólo aquellas regulaciones sobre el ayuno que están estipuladas para todos los laicos: ¡durante todo el año no se comerá carne los miércoles y los viernes! Los Hermanos de la Orden, que para ellos se ha tornado parsimoniosa, no podrían quedarse atrás: Lo que es norma para los monjes, debe ser también norma para los Hermanos Menores, esto es, el Capítulo asumió una regulación sobre el ayuno y la abstinencia: ahí se estipula claramente cuándo no está permitido comer carne ni tampoco productos lácteos. Francisco se asombra sobre el informe del Hermano. Es cierto, él ama la pobreza, y en ello es más radical que cualquier otro, pero para él ella no es una obligación ascética, ni es un rendimiento sobre la renuncia al comer, que puede pesarse en gramos o ser medido según lo ahorrado. Y su reacción es tan reveladora como liberadora: Sus compañeros que están sentados a la mesa frente a los platos con carne están desconcertados y no saben si deben o no seguir comiendo. Les pregunta qué fue lo que el Señor recomendó a sus discípulos al enviarlos en esas regiones. Según Lucas (10, 5-8): “Comed lo que os pongan”. Así como los pobres aceptan agradecidamente lo que se les dona, y que no están acostumbrados a escoger... y así pueden disfrutar lo que la bondad de los demás les ofrece.*

La reacción del Hermano, que sigue comiendo – pese a Reglas sobre el ayuno por aquí o por allá – señala el camino y denota una base fundamental de su espiritualidad: se debe seguir el Evangelio y no cualquier norma, y quien pone la medida es la vida humana de Jesús y no los monjes, por santos que sean. El Rabí es el único Señor y Maestro – y él no fue un asceta, sino que amó la vida y se mostró como amigo de los demás, que multiplicó el vino y que sus enemigos en un banquete le llamaron comilón y borracho (Mt 11,19).

La pobreza evangélica no tiene que ver con medir las renunciaciones, ni con rendimientos que alguien se auto impone. Ella es mucho más radical y liberadora al mismo tiempo. La exigencia de Jesús al joven rico remite al primer paso fundamental. A éste que estaba dispuesto a todo le desafía el Rabí: “¡Deja todo lo que tienes! ¡Dalo a los pobres y sígueme con manos libres!”. Francisco experimentó cómo se cumple esta promesa en quienes siguen este desafío: “¡Quien deja todo por el Reino de Dios y renuncia incluso a casa, familia, profesión, quien sigue a Cristo en plena libertad, con todo su ser, alma y cuerpo, y con un corazón libre, ciertamente recibirá después el cien por ciento!” [...]. Esto es optar por una pobreza que va mucho más allá de la de los monjes, quienes siguen una vida asegurada y prescrita dentro de la abadía. La pobreza de los apóstoles desafía al Poverello a marchar por toda Italia en la inseguridad y con las manos vacías, sin saber por la mañana si se recibirá por la tarde un pedazo de pan ni si habrá un lugar donde reponer la cabeza. Con una pobreza que confía en la bondad de los hombres y en la providencia Francisco va como Hermano desde Francia hasta España, incluso hasta Egipto hasta las posiciones del Sultán – con la confianza de las manos vacías y fiel a la tarea pascual de los apóstoles de „anunciar el Evangelio a todas las criaturas” “hasta los confines del mundo”. De esta forma, incluso hasta los supuestos enemigos fueron ganados como amigos, tal como lo demuestra el caso del Sultán Malik al Kamil.

También esta narración ejemplifica cómo Francisco y los primeros Hermanos tradujeron el Evangelio en la propia realidad. Probablemente sucedió después. Francisco está de regreso desde Palestina en Italia:

*“El Poverello se encuentra nuevamente en la Ciudad Eterna, y el Cardenal Hugolino le invita a comer. El Obispo y “Señor de Ostia” aprovecha la oportunidad para presentar al ya famoso Hermano a sus parientes que pertenecen a la familia noble de los Condes de Segni y a los prelados más cercanos. Se sirve una mesa suculenta y magnánima alrededor de la cual los invitados toman su lugar al mediodía. Para Francisco está reservado el puesto de honor al lado del anfitrión, de tal forma que todos le tengan a la vista. Pero parece que el Hermano Menor no se siente del todo bien en semejante sociedad con gente noble – ¿quizá en este caso le incomodó la mesa opulenta? Sea como sea, él se disculpó por un breve tiempo, se dirigió a la callejuela y se sentó junto con los mendigos que se sentaban frente a las puertas del Señor Cardenal a la espera de recibir algo de los restos de la comida. Cuando Francisco reúne en su escudilla suficientes pedazos de cortezas de pan y restos de verduras, regresa a la tertulia de Hugolino, y reparte a cada uno de los invitados de lo que había recogido, y luego toma asiento.... Después de la comida, Hugolino toma a parte al Poverello, le da un abrazo y le pregunta que por qué le hizo pasar esa pena, por qué se comportó de esa manera vergonzosa. “¿Acaso no rendí a Usted suficiente honor?...” – agregándole – “¿en la medida que honro al Señor por excelencia? Dios mismo ama la pobreza, y quiero seguir al Señor, del cual viene toda riqueza y se hizo pobre por nosotros”.*

La pobreza que Francisco aprendió a amar en el seguimiento de Jesús tiene una fuerza vinculante. La riqueza de Hugolino, por el contrario, divide. El Pobrecillo vence el abismo que separa la mesa rica del Cardenal y sus amigos exclusivos de los mendigos que están frente a su puerta. El „Señor de Hostia“, que por vocación es „Sucesor de los Apóstoles” no ha reconocido que el amor a esa pobreza, que da todo lo que tiene, une a los seres humanos y libera, dona vida y en el compartir todos reciben algo, incluso el donante, ¡y el cien por ciento!. Con su gesto significativo en casa de Hugolino, el Poverello trae presente la parábola de Jesús al alto dignatario. También en la roma medieval existen pobres Lázarus y ricos Epulones: bienaventurado aquel que supera este abismo, mientras todavía quede tiempo para ello.

## **6. “Agradar a Cristo y seguir sus huellas”**

### **Seguimiento a través de la imaginación que brota del amor**

Francisco valora, medita e interioriza el Evangelio a tal medida, que en cada situación descubre las „huellas” de Jesús y se hace audible la voz „del Hijo de Dios” (Ord). La Palabra de Dios no quiere ser reconocida para ser estudiada, sino que Cristo quiere brindarse nuevamente al mundo en nosotros y por medio de nuestras vidas (Carta a todos los creyentes). En caso de necesidad incluso se debe estar dispuesto a dar hasta el único Evangelionario si no hay otra forma para suplir la necesidad de alguien que sufre. En el invierno de 1220/21 Francisco pide a los responsables de „la comunidad modelo” ayudar a la empobrecida madre de dos Hermanos vendiendo el único Evangelionario de La Porciúncula. La razón: sin lugar a dudas a Cristo le agrada mucho más cuando los hermanos practican su palabra, que cuando la leen y la meditan solamente “pues tuve hambre y me dieron de comer”.

La disponibilidad de seguir el consejo de Jesús al hombre rico se torna criterio para la vocación de vivir la fraternidad franciscana. De la propia experiencia liberadora quedó impregnada en la Regla bulada de 1223 esta forma de vida:

*“Si algunos, inspirados por Dios, quisieran tomar esta vida y vinieran a nuestros hermanos, recíbanlos cordialmente envíenlos a sus ministros provinciales. (...) Éstos examínenlos diligentemente... Y si creen todo esto díganles la palabra del santo Evangelio que vayan y vendan todas sus cosas y se apliquen con empeño a distribuirlas a los pobres ».(RB 2)*

No hay otra norma fuera del vivir el Evangelio. La imaginación del amor le muestra a cada Hermano la forma como él agrada de la mejor forma a Cristo. Un seguimiento genuino se desarrolla a partir de una relación de amistad íntima con Cristo.

El Hno. Leo ha caminado al lado del Poverello por diez años, convirtiéndose en su compañero fiel, y a pesar de que ya no era un principiante le suplica darle instrucciones precisas para el seguimiento. En palabras inusualmente claras le responde Francisco como “su hermano” con una maternal sensibilidad. Esta opción por la libertad evangélica necesita normas. Con todo, Francisco se cuida de no presentarse como guía o maestro:

*„Hermano Leo, tu hermano Francisco te desea paz y bien. Así te digo, hijo mío, como una madre, que todo lo que hemos hablado en el camino, brevemente lo resumo y aconsejo en estas palabras, y si después tú necesitas venir a mí por consejo, pues así te aconsejo: Cualquiera que sea el modo que mejor te parezca de agradar al Señor Dios y seguir sus huellas y pobreza, hazlo con la bendición del Señor Dios y con mi obediencia. Y si te es necesario en cuanto a tu alma, para mayor consuelo tuyo, y quieres, Leo, venir a mí, ven” (CtaL)*

El pequeño escrito que portó consigo León en su hábito casi por 50 años refleja la libertad del franciscanismo original. La propia responsabilidad se vincula con la solidaridad. Ningún Hermano ni ninguna regulación, incluso ninguna autoridad deben ponerse entre Cristo y aquel que desea seguirle en razón del amor. No son las leyes o sabidurías de otros quienes prescriben la mejor forma cómo el discípulo puede seguir al maestro ni cómo alguien agrada a su amigo, sino la propia imaginación amorosa. El Poverello despertó en su compañero el coraje de dejarse conducir en el seguimiento por la imaginación que brota del amor.

## 7. “forma vivendi”

### El núcleo de la forma de vida franciscana

El texto más antiguo que se conoce de Francisco ofrece una bella clave de comprensión de toda su espiritualidad que se expande en relaciones ricas e intensivas desde el seguimiento de Cristo. Clara, en los primeros tiempos de su fraternidad, pide al Hermano que resuma en pocas palabras la forma de vida. El Poverello redacta condensadamente en una sola frase su experiencia de asombro vivido en San Damián en el año 1212. Más tarde aplica esta visión de vida cristiana, con su libertad y su riqueza, a toda forma de vida de fe y la desarrolla en la Carta a todos los creyentes.

*Impulsado por el amor, Francisco escribió la forma de vida de la siguiente manera:*

*„Ya que por divina inspiración os habéis hecho hijas y siervas del altísimo y sumo Rey, el Padre celestial, y os habéis desposado con el Espíritu Santo, eligiendo vivir según la perfección del santo Evangelio, quiero y prometo tener siempre, por mí mismo y por mis hermanos, un cuidado amoroso y una solicitud especial de vosotras como de ellos”. (FVCI)*

La estructura interna de esta forma de vida se clarifica más cuando conecta esta frase un tanto complicada con los sujetos actuantes y es redactada en un bosquejo:

En escritos posteriores se muestra esta espiritualidad – vivida por las Hermanas de Clara y descrita por Francisco – como camino para todo creyente cualquiera que fuese su forma de vida. En la Carta a todos los creyentes se desarrolla la relación con Cristo y una intimidad triple:

*„Y sobre todos ellos y ellas, mientras hagan tales cosas y perseveren hasta el fin, descansará el espíritu del Señor y hará en ellos habitación y morada. Y serán hijos del Padre celestial, cuyas obras hacen. Y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo. Somos esposos cuando, por el Espíritu Santo, el alma fiel se une a Jesucristo. Somos ciertamente hermanos cuando hacemos la voluntad de su Padre, que está en el cielo; madres, cuando lo llevamos en nuestro corazón y en nuestro cuerpo, por el amor y por una conciencia pura y sincera; y lo damos a luz por medio de obras santas, que deben iluminar a los otros como ejemplo (CtaF2 48-53).*

## 8. La Encarnación

### Asombro sobre la cercanía de Dios a este mundo

Las huellas de Jesús condujeron al Hermano itinerante, a más tardar en el año 1220, hasta Belén – en cuerpo y alma. Su lucha contra las cruzadas fracasó en el campamento del frente cristiano, pero triunfó al otro lado del Nilo, cuando se ganó la amistad del Sultán Malik al Kamil. Éste permitió al Poverello moverse libremente hacia Palestina. Una vez de regreso en Europa, buscó nuevos caminos para que hasta los campesinos de Italia vivieran la experiencia de los campos pastoriles de Belén: interiormente y exteriormente. La Fiesta de Navidad de Greccio había de entrar en la historia. Francisco escenificó el nacimiento de Jesús de forma tan plástica que con ello inició la tradición de los pesebres. El Hermano pasó la fría temporada de Adviento del 1223 con algunos de sus compañeros en un eremitorio en Greccio, el cual consistía en una gruta sobre el valle de Rieti, que gozaba una vista panorámica abierta y espléndida sobre el valle, hasta las faldas de los Montes Sabini al norte de Roma.

Tiempos de silencio luego de semanas de viaje permiten reposar para re TRABAJAR interiormente lo vivido. Al mismo tiempo crean un espacio para beber agua de las fuentes profundas y estar a solas con Dios. Francisco quiere ser como su maestro: ir a Dios cuando se retira de los demás, e ir a los demás, cuando se retira de Dios (ver Mc 1, 21-39). El biógrafo recoge en su escrito esa fiesta de navidad especial, agregando una anotación significativa: *“En asidua meditación recordaba sus palabras y con agudísima consideración repasaba sus obras. Tenía tan presente en su memoria la humildad de la encarnación y la caridad de la pasión, que difícilmente quería pensar en otra cosa”*. Asombrado por los caminos del Señor en este mundo, el Poverello se presta a preparar la Fiesta de la Navidad junto con un amigo noble de la región, dos semanas antes de su celebración.

Deseaba recordar de manera sensual a ellos y al pueblo de Dios el amor y la humildad de Dios. Y de hecho, la gente acude en la noche santa, con antorchas en sus manos, hasta la gruta de los Hermanos para contemplar al niño envuelto en pañales, acomodado sobre un lecho de paja, entre un buey y un asno. En la Celebración de la Eucaristía desde este pesebre de navidad vivo, Francisco proclama el Evangelio que le da una tonalidad viva a todo: al pesebre, la paja, los animales, el niño recién nacido y la gente congregada alrededor. Tanto en ese entonces como ahora, tal como concluye la descripción de esa fiesta conmovedora *“el Niño Jesús nació de nuevo en el corazón de muchos”* (1 C 84-87).